cura llevar el génio á su padre, ruega á Dios todos los dias por tu felicidad y la de tu familia, y él la conservará.

—Lo haré así, señora, dijo Florencia levantándose, y quiera Dios que mi matrimonio sea como Vd. dice, un lazo de flores: á lo que no puedo avenirme es á ser indiferente con Ramon.

—El cariño te haria ser severa: pero tu corazon, Florencia mia, es el de un ángel, y así, obra como él te dicte.

Doña Agueda, dichas estas palabras, alargó su mano á Florencia, que la besó con gratitud, y deseándole buena noche, se fué á su casa.

Al dia siguiente se hallaron en la misa de alba, el tio Pedro y doña Agueda.

—¿Qué logró Vd. anoche de Florencia, señora? le preguntó.

—Nada, tio Pedro, respondió doña Agueda: está empeñada en casarse con Jacobo.

-Peor para ella: ya verá que bien le va.

Y el tio Pedro tomó muy mohino el camino de su casa, y se puso á trabajar en su taller, sin decir una palabra á nadie.

VIII

La boda.

Han pasado tres semanas, y es el dia del casamiento de Trinidad y Andrés.

Todo el pequeño pueblo de Torres parecia tomar parte en la alegría del anciano tejedor y de su familia.

Es verdad que aquel y esta eran generalmente estimados y queridos por su honradez y bellos sentimientos.

Segun costumbre de las aldeas, se habia elegido un domingo para el casamiento.

A las cinco de la mañana, los novios, que se habian confesado y comulgado el dia anterior, fueron á la iglesia acompañados de doña Agueda—que quiso ser la madrina,—de sus parientes y amigos: despues de la ceremonia, y concluida la misa, el virtuoso Párroco, anciano lleno de bondad, les dirigió una sentida exhortacion, y luego les acompañó hasta su casa, donde ya estaba preparado el chocolate.

Imaginaos, lectores mios, la salita del señor Pedro, limpia como el oro, y en su centro una gran mesa cubierta con una fabulosa cantidad de jicaras de espumoso chocolate hecho con leche.

Colocadas las jícaras en una bandeja, ocupaban el centro de la mesa, y tenian á entrambos lados otras dos bandejas llenas de tortas de manteca, obra de las hábiles manos de la señora Sebastiana, madre de Andrés.

Veíanse además, ocupando los claros de la mesa, cestillos de mimbres nuevos, llenos de bizcochos de diferentes clases y de bartolillos embutidos de crema: rebanadas de pan con miel, pan de gaita (1) en abundancia y grandes vasos de leche recien ordeñada.

Las familias mejor acomodadas del pueblo estaban ya en la salita, cuando los novios volvieron de la iglesia, habiéndose llenado tambien de gente la pieza ocupada por Baltasara y por sus hijas.

Los que no cabian arriba, estaban á la puerta de la calle, sentados y formando grupos, en los cuales se charlaba alegremente: los chiquillos habian invadido el patio y la escalera.

No bien la novia, su madre, su suegra y su hermana se habian quitado los vestidos de cúbica negros, y las mantillas forradas que habian llevado á la iglesia, para ponerse sus trajes de casa, se sentaron á la mesa para desayunarse. Ocupó la cabecera el señor Cura, y su derecha doña Agueda: ésta llevaba un traje muy sencillo de seda negro, un pañolon liso de crespon blanco, y una bonita papalina de tul, sin cintas ni adornos.

Los lados de doña Agueda y del señor Cura fueron ocupados por el tio Pedro, vestido con un traje negro de paño nuevo, y por la señora Sebastiana.

Florencia y su madre, como amas de casa, estaban poco rato quietas, pues eran las primeras que debian cuidar de los convidados.

Estos se fueron colocando segun su gusto, y el desayuno pasó sin más novedad que las bromas dirigidas á los novios en medio de la más cordial alegría.

Jacobo era tambien del número de los convidados; estaba vestido con decencia, aunque pobremente, y la belleza de su figura hacia que se olvidase lo modesto de su traje.

Persuadidos ya el señor Pedro y la señora Baltasara de que Florencia no desistía de su propósito de casarse con él, le trataban con mayor cordialidad, y no se habian olvidado de convidarle á la boda de su hija.

Ramon habia acudido tambien llamado por Florencia; pero su derrotado vestido, y además el espantoso miedo que le causaba su padre, junto con la aversion que todo el pueblo le

⁽¹⁾ Especie de tortas de miel, yemas y manteca.

profesaba, hacian que se mantuviese oculto en el rincon más oscuro del patio.

Alli le llevó Florencia una gran jicara de chocolate, una buena torta, un vaso de leche y algunos bizcochos.

La jóven veia la humillante indiferencia, ó desprecio, con que todos trataban á Jacobo, que tenia pocos amigos, por su mal carácter y por su excesiva pobreza.

Pero la angelical Florencia no hizo ninguna comparacion amarga entre la suerte de su hermana y la que parecia estarle reservada: alegrábale el alma la dicha de Trinidad, y su actividad para atender á todos los convidados admiraba á la grave señora Sebastiana, que mas de una vez se dijo á sí misma suspirando:

—¡Qué lastima que mi hijo no haya elejido á ésta!

Luego miraba alternativamente á Trinidad y á Florencia, y añadia no sin lanzar un nuevo suspiro:

-¡Pero si es tan fea!

En efecto, nunca pareció tan desgraciada la fisonomía de la pobre Florencia, quizás á causa de que nunca habia parecido tan bella la de su hermana.

Trinidad, blanca, esbelta y torneada, llevaba un traje de muselina de lana, oscuro como sus ojos, que brillaban dulcemente bajo los suaves arcos de sus sedosas cejas: un pañolito blanco de muselina bordado, velaba graciosamente su pecho, dejando lucir á su cintura su maravillosa elasticidad: sus largas trenzas de color de castaña, estaban recojidas en una aguja de plata, y de plata era tambien el engaste de sus pendientes y de su collar de ámbar.

Florencia llevaba un vestido de percal azul con pequeños ramos encarnados: un pañuelo de seda de color de mahon, y el collar de coral, regalo de su madre.

Su pobre cara, ancha, colorada, morena y vasta, no ostentaba una sola faccion agraciada: sus ojillos pequeños y hundidos, no alcazaban á alumbrar con su ténue resplandor aquella fisonomía grande, ordinaria y bonachona: reconociéndose muy fea, y habiendo además oido decir muchas veces que lo era, jamás habia tenido la menor coquetería ni en su peinado ni en su traje, contentándose con un escrupuloso aseo en toda su persona.

Jacobo la miraba ir, venir y satisfacer los deseos de todos, y especialmente los suyos: y en lo íntimo de su corazon le agradecia su amor como un gran beneficio, él, á quien todos miraban con antipatía en aquella gran reunion.

Jacobo amaba mucho á Florencia, y conocia que era la única mujer que le convenia, y que podia sobrellevar su genio violento é impetuoso.

Por dos veces llegaron á sus oidos las se-

veras reprensiones que la señora Baltasara dirigia á su paciente hija, reprensiones que iban selladas con algun vigoroso mojicon, y la cólera encendió la frente adusta de Jacobo.

Este aborrecia al tio Pedro, á Baltasara y á su hija Trinidad, pagando así su fuerte oposicion á que entrase en su familia.

Acabado el desayuno, tomaron los mozos las guitarras, y despues de separar la mesa, los jóvenes de ambos sexos se pusieron á bailar, mientras los padres de familia hablaban de la siembra y de la cosecha, y las madres maniobrabran en la cocina.

Trinidad, en un rincon del cuarto que antes ocupaba con su madre, hablaba con algunas jóvenes amigas suyas, en tanto que Andrés iba y venia desde la cocina á la ventana, sin saber qué hacer, y anhelando poderse sentar un rato al lado de su mujer.

—Chica, mira tu marido, dijo á la novia una de sus amigas, en ocasion en que Andrés las miraba con tristes ojos.

Déjale, contestó Trinidad, encogiéndose de hombros.

—Pero mujer, dijo otra, ¿por qué no vas á hablar un rato con él?

—¿Yo? Si no tengo nada que hablarle.

-¿Cómo es eso posible habiéndote casado hoy?

-Pues hija, es una verdad como un templo:

no sé qué decirle, ni él tampoco sabrá qué decirme á mí, pues hace ya mucho tiempo que vivimos juntos.

—Vamos, dijo otra muchacha de diez y seis años, y la más atrevida del corro: vamos, Trinidad, díme la verdad: ¿quieres mucho á Andrés?

—Sí, respondió Trinidad con la frialdad de expresion que le era habitual.

—Pues está claro que le querrá, añadió otra: si no fuera así, no se hubiera casado con él.

—Si he de confesar la verdad, dijo la novia, me he casado con él, principalmente por dos cosas.

-¿Y se pueden saber?

—¡Por qué no! Me he casado con Andrés, porque es rico y quiero dar rabia á la sacristana de la Joyosa, que tanta fachenda mete desde que se casó con Paquillo, porque le llevó cuatro cuartos.

-¿Y la otra razon?

—Porque es bueno como el buen pan, y hará en todo mi gusto.

—¡Sí! ¡Cómo despues de casado no saque la pata!

—¿Quién, él? ¡Pues si es manso como un borrego!

-Algunos parecen muy mansos, y luego...

—No me hubiera yo casado con él, si no hubiera estado segura de que lo era: ¡porque estoy más harta de los geniazos de mi madre y de mi abuelo! Lo que tiene es que ahora me ayudarán á tirar á Andrés de las riendas.

-No tireis tanto que se rompan.

—Yo, chica, dijo la jovencita atrevida, creo que no es lo mejor sujetar mucho á un marido.

—¡No, que les dejaremos hacer lo que les dé la gana! exclamó con enfado Trinidad: mi madre bien tiraba de la manga á mi padre, que en paz descanse, y no ha habido en el mundo mejores casados.

—¡Quiá! repuso otra de las jóvenes: ¿tu madre tirar de la manga á tu padre? ¡Buena es ella! Dice mi abuela, que lo que hacia tu madre era gritar por cualquier cosa, como ahora hace con Florencia y contigo; pero se miraba en los ojos de su marido y le tenia como cuerpo de rey: tú serás peor, Trinidad: tú eres mansa y no regañarás; pero harás tu gusto y tendrás en un puño á Andrés, que es cachazudo como él solo.

La conversacion de las jóvenes fué interrumpida por el almuerzo, que se servia á las nueve, pues los dias de boda, en las aldeas, están exclusivamente dedicados á la gula.

Sirviéronse magras con tomate: tortillas con longaniza, y sendos cuartos de cabrito y cordero asado, amen de las muchas frutas, pastas y dulces.

Acabado el almuerzo, empezó la batalla de la confitura, indispensable en todas las bodas de labriegos.

Dió principio arrojando los mozos desde la calle grandes puñados de confites, caramelos y peladillas, los que, introduciéndose por la ventana abierta, fueron á herir en la faz á los concurrentes, con no poca risa de éstos y no poco gusto de los muchachos, que viendo el suelo sembrado de confitura, se arrojaban á él atropellándose para cogerla.

En la calle habia otra turba de chicos esperando la revancha, que no tardó en llegar, pues armándose los mozos que estaban arriba de enormes pañuelos de confites, los arrojaron á los de la calle, que recibieron la descarga con alegre gritería.

Por supuesto que los proyectiles causaron algun daño en los ojos y narices, pero es una costumbre tan antigua y arraigada, que por nada en el mundo renunciarian á ella, ni aun los más descalabrados.

Los primeros disparos se hicieron con la confitura que habia en los platos de la mesa; pero habiendo quedado muy pronto vacíos, la señora Baltasara llamó á Andrés, que volvió cargado con un costal de confites y caramelos.

Al ver tal profusion, todos los concurrentes palmotearon gozosos; pero habiéndose acercado algunos á la ventana, vieron con asombro que los de la calle tenian un borrico, cuyo seron estaba colmado de confitura.

El entusiasmo subió entonces de punto: nun-

ca se habia visto un despilfarro igual: vitores, gritos, palmadas, todas las muestras posibles de contento se agotaron; y por más que se cansaron de tirar, y que la batalla se prolongó mucho más que lo de costumbre, los proyectiles no pudieron agotarse en ninguno de los dos bandos.

Cuando llegó la hora de la comida, ninguno de los chiquillos pudo probar bocado: tal atracon se habian dado de confites y almendras de azúcar, además de llevar bien repletos todos sus bolsillos.

En la comida habian agotado las señoras Baltasara y Sebastiana todos sus primores: ricos picadillos de cerdo; aves rellenas; corderos enteros tostados con manteca; liebres con salsas de yemas; jamones cocidos con vino generoso, y ostentando cada uno una hermosa capa de azúcar tostada; inmensas fuentes de enormes anguilas con salsas de almendras y leche; ricos salmones con cebolla picada; odoríficas frituras de carpas; empanadas de ternera y de pichones; tarteras de perdices en guiso, en cada una de las cuales habian puesto por lo ménos una docena; ricas y suculentas natillas; frutas de sarten de todas clases; tortas de miel y pasas, y en fin, todas aquellas delicias del paladar, que solo se encuentran en los festines de los labradores aragoneses, y ante los cuales el gastrónomo más descontentadizo y exigente, se sentiria poderosamente excitado.

Despues de la comida, los padres y madres fueron á visperas, excepto algunos de ellos que se quedaron para vigilar á los jóvenes, que seguian bailando al son de las guitarras y bandurrias, y de los alegres cantos de la jota.

Al anochecer se encendieron los candiles nuevos y los velones de bronce, brillantes como el oro: y en tanto que las mujeres preparaban la cena y que los hombres seguian conversando, Florencia y Jacobo hallaron una ocasion de hablarse.

—Florencia, dijo el novio acercándose á la jóven: he estado pidiendo al señor Cura que, antes de salir de tu casa, haga señalar á tu abuelo el dia de nuestra boda.

—¿Y qué te ha respondido? preguntó Florencia.

-Que lo hará.

—Yo he suplicado lo mismo á doña Agueda, que por eso le hablaba en voz baja, y me ha asegurado que no saldrá de aquí sin saber qué dia nos casamos.

—Me alegro de que hayamos tenido el mismo pensamiento: ya es hora de que tambien yo mire por mi comodidad, porque, francamente, estoy muy mal así.

—Es cierto, mi pobre Jacobo: no tienes quien te cuide, ni quien te haga la comida, ni quien te lave la ropa: jy luego, ese pobre Ramon! Por él, más que por tí, tengo deseo de que nos casemos.

—Y yo tambien: porque creo que tu podrás hacer con él más de lo que yo hago.

-Me parece lo mismo.

—No te duela el pegarle, y con un buen palo, pues la mano es ya blanda para él.

-¿Pegarle yo? ¡Dios me libre, Jacobo!

—¿Pues qué piensas hacer? ¡no sabes tú lo que es ese pillastre!

-Jacobo, tú eres sobrado duro con tu hijo.

—Es que yo no le quiero, Florencia: su madre no supo darme paz en mi casa, ni hacerme dichoso: el chico me incomoda para todo: es un estorbo que hallo siempre plantado en mitad de mi camino: no porque sea mi hijo, dejo de conocer que está muy de sobra en el mundo.

—Jacobo, eso no está bien dicho, ni tú lo sientes así tampoco; pero eso no importa: vale más que me hables de ese modo: porque si viera que querias á Ramon, sobre todo, entraria con ojeriza para él; viendo que no le quieres, me haré cuenta que no tiene más amparo que yo. ¡Ay Jacobo! todos los hombres que tienen hijos debian aparentar que no los quieren al volverse á casar! que las mujeres, al fin, tenemos entrañas, y estas serian de madre para los pobres huérfanos!

—¡Jacobo! ¡Florencia! dijo una dulce voz á la espalda de los jóvenes: ahora sí que os puedo

asegurar que, á pesar de todo y de todos, vuestro matrimonio será un lazo de flores.

Volviéronse los amantes, y se hallaron cara á cara con doña Agueda, en cuyas nobles facciones se pintaba un vivo enternecimiento.

—Sí, prosiguió la señora, sí, hijos mios: á los ojos de los demás, vosotros reunís todas las circunstancias posibles para ser desgraciados: á los mios reunís todas las que se necesitan para ser dichosos: creo que Dios os ha destinado para hacer ver que del seno de las más duras posiciones puede salir la más perfecta felicidad.

La adusta fisonomía de Jacobo, desarrugada ya un tanto por el suave lenguaje de Florencia, se iluminó por completo con las dulces palabras de doña Agueda; bien así como se alegra un cielo cargado de nubes, al barrerlas súbitamente los dorados rayos del sol.

—Señora, dijo, nunca habia oido tan consoladoras palabras; muchas gracias por ellas. Florencia, añadió volviéndose á su novia, bendita sea tu boca, por lo que me has dicho! Me taladraba el corazon el pensamiento de que no podria hacerte feliz.

La llegada de la cena puso fin á esta conversacion; aquella fué semejante al almuerzo; es decir, más ligera que la comida; pero los convidados, hartos ya de devorar, á pesar de su apetito de campesinos, apenas tocaron á ella.

Despues de los postres, el señor Cura hizo

una señal con la mano, significando que iba á hablar, y se estableció el silencio más profundo.

—Señor Pedro, dijo el Vicario con dulce gravedad, señora Baltasara; deseo que señalen ustedes esta noche el dia de la boda de Florencia con Jacobo, y esta señora, añadió volviéndose á doña Agueda, desea lo mismo que yo.

Doña Agueda hizo una señal afirmativa: el tio Pedro puso un gesto muy marcado de mal humor, y la buena Baltasara echó á llorar.

—No veo qué es lo que impide que Florencia y Jacobo se casen, prosiguió el Cura: los galanteos largos no convienen á las muchachas honradas, y Florencia hace ya un año que está perdiendo el tiempo.

—Que se casen cuando quieran, contestó el tejedor con mal humor.

—Eso no es decir nada, señor Pedro, repuso Jacobo; no quiero yo hacerlo más que cuando Vd. disponga; pero deseo que sea cuanto antes.

- —Vaya, dijo doña Agueda, le señalaré yo; pasado mañana se arreglarán en mi casa las condiciones de la boda, y dentro de quince dias se casarán.
- —¿Y las amonestaciones? observó el tio Pe-dro.
- —Hay un dia de misa y otro de fiesta en esos quince dias.
- —Está dicho, repuso el tejedor, que se vió entre la espada y la pared.

—Pero mujer, ¿á qué viene llorar así? preguntó la madre de Andrés á la señora Baltasara: ¡ni que fueran á matarte la hija!

-¡Ay, Dios mio! ¡Más valiera que la mataran de una vez, que no que sufriera la pobrecita lo que va á sufrir!

Los convidados, entristecidos de ver llorar á Baltasara, fueron despidiéndose, y se marcharon cada uno á su casa, no sin decirse unos á otros:

—Tiene razon Baltasara. ¡Pobre Florencia!
Trinidad y Andrés ocuparon la alcoba de la salita que Baltasara habia cedido á sus hijos, y la buena madre salió con su hija Florencia á habitar un cuartito situado al lado del granero.

Baltasara, despues que entró en su dormitorio, no habló una palabra con su hija; pero esta la oyó llorar toda la noche desconsoladamente.